

The illustration features a close-up of a Black man's face on the left, looking forward with a neutral expression. To the right, a hand is raised, gripping a thick metal chain. The background is a textured, light brownish-grey. The overall style is graphic and expressive.

Estado y Religión en la Esclavización de los Africanos y sus Descendientes

*Sergio Antonio Mosquera MSc
Jessica Mercedes Ferrer Salcedo Esp.*

RESUMEN: El proceso de conquista y colonización del territorio de la Nueva Granada fue inseparable de la cristianización de sus pobladores, en este caso de las personas negras e indígenas, porque además de colonizar una región implicaba el sometimiento religioso de ellos. Aun así, la cristianización no se adelantó de la misma manera para unos y otros. En un principio está fue pensada para los indígenas, de ahí que desde el segundo viaje de Cristóbal Colón este se hizo acompañar de los religiosos franciscanos. Sólo a partir del siglo XVII se inicia un proceso de cristianización de los africanos y sus descendientes llevado a cabo por los miembros de la compañía de Jesús.

ABSTRACT: The process of conquest and colonization of the territory of New Granada was inseparable from the Christianization of its settlers, in this case of black and indigenous people, because in addition to colonizing a region implied religious subjugation of them. Even so, Christianization did not advance in the same way for each other. At first it was thought for the natives, hence that from the second trip of Christopher Columbus this was made to accompany the Franciscan religious. Only from the seventeenth century began a process of Christianization of Africans and their descendants carried out by the members of the company of Jesus.

PALABRAS CLAVE: Evangelización, cristianización, esclavizados, colonización, colonia, etnias, barbaros, idolatras, brujas, inquisición, jesuitas, Franciscanos.

La narración y cristianización de los africanos es un discurso inseparable de la cristiandad sobre los Otros, pero a su vez es propia de la visión que poseía cada orden religiosa al referirse a esas personas, la cual se hunde en sus propias tradiciones. Por tanto, conscientemente es una visión compartida entre los miembros de esa comunidad religiosa. Sobre ese discurso es lo que a continuación expondremos basándonos en el libro escrito por el sacerdote jesuita Alonso de Sandoval (1576 – 1652) “De Instaurada Aethiopia Salute”, quien fuera el maestro de Pedro Claver (1580 – 1654). Así mismo, esa continuidad del discurso y su práctica sobre los esclavizados que los identifica, es la manera como los Jesuitas lo habían construido, el cual se corresponde con las ¹“cartas annuas” de dicha congregación que nos presenta María Cristina Navarrete (Navarrete, M. 2009, p. 26).

La Corona castellana – aragonesa, desde el primer momento de la conquista y colonización; se mostró reacia a la esclavización de los indígenas, porque sobre ellos tenía otras consideraciones de tipo religioso. Eminentes prelados como el Obispo Bartolomé de Las Casas “no tuvo al comienzo, la misma actitud frente a los indios y a los negros: acepta que éstos, pero no aquellos, puedan ser reducidos a la esclavitud. Hay que recordar que la esclavitud de los negros es entonces un hecho ya existente, mientras que la de los indios empieza ante sus ojos” (Todorov, T. 2003, p. 184). Los portugueses, antes que los españoles, habían iniciado la esclavización de africanos; existiendo en España mercados donde se comercializaban a estos prisioneros, por lo cual la esclavización ya es un hecho aceptado, pero sin grandes dimensiones. Ante los abusos de los conquistadores y encomenderos, que diezmaron la población indígena y el interés de la Corona por protegerlos, surgió la urgente necesidad de mano de obra.

En consecuencia el rey

1 Las Cartas annuas eran documentos que relataban los hechos principales acontecidos en una provincia jesuítica y que eran enviados cada año al general de la Orden en Roma. (NAVARRETE PELAEZ, María Cristina. Las Cartas Annuas jesuitas y la representación de los etíopes en el siglo XVII. En: CHAVEZ MALDONADO, María Eugenia (Editora). Genealogías de la diferencia. Tecnologías de la salvación y representación de los africanos esclavizados en Iberoamérica colonial. Santafé de Bogotá. Pontificia Universidad Javeriana. p. 26

“Carlos I, autorizó en 1518 que se enviaran a América, negros de África mucho más fuertes que los nativos caribeños y gracias a los cuales la industria azucarera alcanzaría enormes rendimientos. No eran los primeros negros esclavizados en las Indias, pues ya desde 1501 algunos nobles habían llevado africanos entre sus sirvientes, pero en aquel caso se trataba de negros que ya habían sido, de alguna forma, europeizados, y no tenían un trabajo basado en la fuerza física” (Gómez, J. 2012, p. 231).

Lo que empezó siendo un favor de la Corona para sus favoritos, terminó siendo el negocio más atroz en la historia de la humanidad.

Desde comienzos del siglo XVI, empieza a ser creciente y masivo el comercio y la introducción de prisioneros africanos al Nuevo Mundo; donde son esclavizados. Pese a ello, durante esta centuria; la Corona española no mostró ningún interés en su cristianización y evangelización, lo cual pudo favorecer que las prácticas religiosas que ellos portaban, se mantuvieran. En el siglo XVII surge la preocupación por su evangelización, pues hasta ese momento ninguna Orden religiosa se había hecho cargo de la suerte de los africanos en materia de su catequización. Como consecuencia de ese abandono “los obispos, propietarios de esclavos y los mismos párrocos, tuvieron enormes dificultades en la puesta en marcha de las doctrinas dirigidas a la evangelización de los africanos esclavizados, debido a lo cual, la Compañía de Jesús decidió asumir la responsabilidad sobre esta labor...los jesuitas, específicamente en Cartagena, fueron quienes emprendieron una labor catequizadora impregnada de humanitarismo. Ésta estuvo en manos del padre Alonso de Sandoval, quien desempeñó el “ministerio de los negros” desde 1605, cuando se instaló la casa de la Compañía de Cartagena hasta 1652; año de su muerte. Lo

acompañó en esta empresa el padre Pedro Claver a partir de 1616” (Navarrete citado por Chávez. 2009, p. 24).

El arribo de los jesuitas al actual territorio colombiano data de cuando “en 1604, por el mes de julio, llegaron en los galeones cuatro sacerdotes y dos hermanos para su fundación [de la casa]. La ciudad los recibió con muestras de afecto y benevolencia. Para 1605 ya estaba fundada la casa. Ese mismo año llegó a ésta el padre Alonso de Sandoval procedente de Lima” (Navarrete citado por Chávez. 2009, p. 29), quien se puso al frente de la obra y empezó a organizar y a realizar misiones en los alrededores de Cartagena, como en los distritos mineros de Urabá, Cáceres, Remedios y Zaragoza. Debido a que la importación de prisioneros aumentaba, la Compañía de Jesús también incorporaba más hombres a su causa, como lo señalaba “la Carta Anua de 1609 calculaba que cada año entraban dos o tres mil esclavos africanos con destino a Cartagena, porque en esta ciudad se encontraba el derecho de descarga y el contrato de esclavos. Aquí los compraban para trasladarlos a Perú, México, isla de Barlovento y Tierra Firme (...). En 1611 el colegio de los jesuitas en Cartagena contaba con seis padres y cinco hermanos coadjutores (...) en 1615 ya contaba con quince sacerdotes y siete hermanos que les colaboraban” (Navarrete citado en Chávez. 2009, p. 32-33). Al mismo tiempo los jesuitas se convertían en propietarios de esclavizados, como lo señalamos anteriormente. Sin embargo, ellos se interesaron por su suerte espiritual, quizá con el fin de conocerlos para explotarlos con mayor provecho.

Los jesuitas, aunque parezca muy contradictorio, realizaron una fuerte defensa de los esclavizados, de su humanidad y capacidades, lo cual les conllevó a ser mirados con desconfianza por otras Órdenes, e inclusive padecieron hostilidad y enfrentamientos. Dicha Compañía, en sus cartas anuales, señalaba que “se había esparcido la idea de que los bozales eran bestias que no podían recibir el bautismo, al

no entender ni una palabra de la lengua española. En opinión de los jesuitas, la causa de ello eran las tantas y variadas lenguas que hablaban. (...) lo que debían hacer quienes los acudían espiritualmente era enseñarles la fe cristiana en sus propias lenguas. Se trataba más bien de un problema de comunicación y no precisamente de falta de razón, por el contrario, se oponían a la opinión general de considerar bestias a los bozales” (Navarrete citado en Chávez. 2009, p. 38). El problema radicaba en que no existía un método de catequización, evangelización y cristianización que considerara la variedad lingüística de los africanos, ante ese vacío de la iglesia católica; se culpaba a las víctimas de la incapacidad de quienes debían entender y comprender esa realidad. En su libro, Alonso de Sandoval salió en defensa de los africanos sosteniendo que: “estos negros no son bestias como he oído decir a algunos, que por aquí los quieren hacer incapaces del Cristianismo, ni se deben reputar por infantes, o amantes, porque no son sino hombres adultos,..” (De Sandoval, A. 1987, p. 380). Es decir, ellos tenían capacidad mental de comprender la doctrina cristiana, eran susceptibles de catequización y evangelización, pero no había religiosos preparados para esa labor. Así mismo dice:

de la estima que Dios nuestro Señor, la Iglesia Católica, el Papa, los Reyes de Castilla y Portugal y la Compañía de Jesús han hecho de los negros, no solo de los de Etiopia, sino muy particularmente de los de Guinea, Congo, Filipinas y otras partes, en orden a su conversión y salvación; echaremos de ver que tienen la capacidad en quien todo esto cabe, pues fueran frustráneos tantos medios, si ellos fueran incapaces de ellos, y el tiempo perdido, administrarles los sacramentos, darles noticias de la ley de Dios, si ellos no la entendieran (De Sandoval, A. 1987, p. 375).

Según el sacerdote, desde Dios y todo el poder religioso, se estima a los africanos; por eso han realizado esfuerzos para convertirlos en la fe católica

y en sus mentes hay capacidad para aprenderla, de lo contrario todos los esfuerzos hubieran resultado inútiles. Había que continuar con esa lucha para la salvación de sus almas, evitando que cayeran en otras prácticas religiosas; pues los jesuitas creían que los africanos carecían de religión.

Alonso de Sandoval estaba interesado en escribir una especie de manual para enseñarles a los miembros de su Compañía la forma de proceder en la conversión, adoctrinamiento y cristianización de los africanos. Por eso les señalaba que “denles a entender la merced grande del Señor, en haberlos traído a tierra de Cristianos, donde vale más ser cautivos que en su tierra libres; pues acá aunque el cuerpo está en trabajo por el cautiverio, el ánima está en descanso, por la libertad que ha de alcanzar con el agua del santo bautismo” (De Sandoval, A. 1987, p. 415). Los jesuitas debían inculcarle a los africanos que la cristianización era un favor que Dios y la iglesia les hacía, al permitir su traslado al Nuevo Mundo, donde venían a tierra de cristianos para ser bautizados en la fe católica. Por este hecho ellos “reciben la ley de Jesús Cristo, para adorarlo y no acordarse más de los ídolos, Chinas y dioses falsos de su tierra, sino del Dios de los blancos y de Jesús Cristo, su hijo. Y este punto se les repita las veces que fueran necesarias, para que entiendan como tan principal y el fundamento de todo no se pase del...” (De Sandoval, A. 1987, p. 422). Sandoval continúa prescribiendo que ellos deben estar agradecidos con Dios

por haberos criado y juntamente todas las cosas para vosotros, por haberse hecho hombre, padecido hasta morir, porque le gocéis allá en el cielo para siempre y agora quiere que seáis Cristianos, sus hijos, sus hermanos; para lo cual os sacó de vuestra tierra donde erades Moros, Gentiles, Barbaros, hijos del demonio, dejando a vuestros padres, parientes y amigos en tan grande trabajo miseria y condenación y os escogió a vos para enseñaros el camino

verdadero y cierto de la bienaventuranza...”
(De Sandoval, A. 1987, p. 428).

Aquellos que traían para ser esclavizados se habían salvado de la condena eterna, ellos eran una suerte de elegidos por el señor. María Cristina Navarrete, con respecto a lo anterior, señala que:

es importante resaltar la obra de incorporación a la cultura dominante que supusieron las actividades misionales que llevaron a cabo los miembros de la Compañía de Jesús, esto es, el intento de incorporación de los esclavos a los fundamentos de la cultura europea por medio de la catequización. Ello implicaba el aprendizaje de la lengua de Castilla, la profesión de la religión cristiana, la adaptación al medio y a las condiciones de la esclavitud y la aceptación de una nueva vida en situación de sometimiento” (Navarrete citado en Chávez. 2009, p. 44).

Los jesuitas trabajaban por los esclavizados en provecho de la iglesia católica, del Estado español y de su propia compañía; no solo se interesaban por las riquezas espirituales, sino por los materiales.

²El Padre Alonso de Sandoval tenía una preocupación principal: el bautismo de los africanos recién desembarcados, llamados bozales. Esto lo llevó a cuestionar su validez y a desarrollar una metodología para instruirlos en la fe católica. Con respecto al bautismo de los bozales decía que no había oficio tan importante para un clérigo como “es el confesar, el convertir, el enseñar, el bautizar, el adiestrar y encaminar al cielo estos pobres negros bozales; y así la tengo por obra más meritoria, de mayor gloria del señor, y de más provecho y utilidad propia” (De Sandoval, A. 1987, p. 365). Seguidamente, y sobre los consejos y orientaciones que iba a plasmar para proceder en el ministerio del bautismo y la evangelización de los esclavizados dijo:

2 Africanos recién desembarcados o con poco tiempo de permanencia en el Nuevo Mundo y que todavía no hablan la lengua colonial y conservan intacto muchos rasgos culturales africanos, por tanto se encuentran en proceso de aculturación

pues para que un hombre se haga más apto ministro de tan alta obra, quiero aquí poner algunas advertencias, que me han enseñado la experiencia de muchos años y los yerros y aciertos, que en ellos he tenido. Y es la primera, que no aguardemos a que nos llamen, para remediar sus necesidades, sino que además de estar en una prontitud de camino, para ir luego que dellas nos conste, debemos andar en circuito, y en continuo movimiento de unas partes a otras, buscando animas predestinadas para la bienaventuranza, cuya buena dicha y vida eterna estriba, como en medio, en este cuidado (De Sandoval, A. 1987, p. 366).

En cuanto a la metodología y asistencia referida al proceder con respecto a los prisioneros recién llegados indicaba el Padre Sandoval que:

ante todas las cosas, en llegando el navío y desembarcando los negros, debemos ir luego a buscarlos para informarnos de cuántos y cuáles son, de que naciones y puertos vienen, que enfermedades traen, cuáles y cuantos son los enfermos principalmente peligrosos y niños, con los cuales se ha de poner muy exactas diligencias en saber quiénes no traen agua (De Sandoval, A. 1987, p. 411).

Sandoval les recomendaba a los discípulos que inmediatamente un barco negrero arribaba a Cartagena de Indias, principal puerto negrero de América hasta 1750, ellos debían acudir a la nave para enterarse de las condiciones físicas y de salud en que llegaban los prisioneros, especialmente los enfermos para evitar que murieran sin haber recibido el sacramento del bautismo. Al mismo tiempo se debía conocer el número de prisioneros y los grupos étnicos de origen, él sabía de la diversidad étnica, cultural y lingüística existente en África la cual podía favorecer o dificultar el bautismo, para luego proceder a interrogarlos sobre el mismo. Conocer las lenguas que hablaban los africanos le permitiría ahorrar tiempo en el proceso de bautismo y cristianización pues le

indicaba qué interpretes debía buscar. Así mismo, los sacerdotes jesuitas debían inventariar los esclavos existentes para poder localizarlos en el momento que se necesitaren, por esto encargaba que:

tengamos un cuaderno o abecedario de castas, lenguas, e intérpretes, y escrito en el cómo se llaman, donde viven, como son sus amos, cuantas lenguas entienden expeditamente hablan: para que así cuando se buscare el Angola, el Arda, el Caravali, el Banu, Mandinga, o Biojo, y otras muchas más que hay, pues pasan de setenta las que de Angola, de S. Thome, de los ríos de Guinea y de los demás puertos vienen, se puedan por aquella dirección saber dónde se podrán buscar y hallar con gran brevedad y facilidad; así para los catechismos, como para los bautismos y confesiones de los enfermos (De Sandoval, A. 1987, p. 373).

Sirviéndose de esta gran ayuda, se ratificaba que los africanos eran gentes que no tenían limitaciones mentales para ser cristianizados.

Conocer las diferentes regiones o grupos étnicos de procedencia de los africanos permitía una aproximación a su condición de bautizados, puesto que en algunas partes de África occidental ya se habían establecido misiones religiosas que adelantaban la cristianización de los nativos; lo que permitiría suponer que muchos de ellos ya venían bautizados. Por esta razón les señalaba a los demás sacerdotes que:

los Etiópes que vienen del puerto de Loanda, v.g. Angolas, Congos, Anzicos y Malembas; y los que vienen de la Isla de S. Tome, Araraes, Lucumines y Caravaliés puros... vienen lo ordinario verdaderamente bautizados, pues es raro el que se halla principalmente del puerto de Loanda, que no de razón de lo que ha recibido, muy al contrario de las otras naciones de los Ríos: Pero aunque esto es así, suele por la variedad de los tiempos y ministros, variarse

este buen modo; y solemos hallar el mismo descuido y nulidad en los que vienen de otros puertos, principalmente del de la isla de San Thome, que en los que vienen de los ríos de Guinea; cuyo bautismo, su modo y forma quiero conste por testimonios de testigos de vista (De Sandoval, A. 1987, p. 382).

En la región Bantú, Congo – Angola, desde el siglo XVI se habían establecido los portugueses cristianizando a sus pobladores, la misma Compañía de Jesús tenía una misión instalada en esos territorios con cuyo rector, el Padre Sandoval, y demás sacerdotes mantenía frecuente comunicación. Esto hacía suponer que los Congos, Anzicos, Angolas, Luagos, Manyomas y demás grupos étnicos de dicha procedencia, venían mejor bautizados que otros.

Para los miembros de la Compañía de Jesús, esta realidad les era totalmente conocida y “según las Cartas Annuas, los negros más belicosos y dificultosos para recibir el bautismo eran los “jolofofos” y “berbesiés” porque estaban relacionados con los moros. Profesaban el islamismo y era difícil desarraigar esta religión. Por eso, con ellos y los “mandingas” y “mitombos” era con quienes tenía más cuidado en el bautismo por ser todos de “nación de moros”. Se les buscaban interpretes muy entendidos que los pudieran persuadir” (Navarrete citado en Chávez. 2009, p. 41). La presencia musulmana en el imperio de Malí era conocida y data desde el siglo XIII, acentuándose en la primera mitad del siglo XIV, después de la visita a La Meca y conversión al Islam por parte de Kanku Musa, sobrino de Sunjata Keita quien había heredado el trono gobernando hasta 1332. Tras su conversión al Islam, pasó a llamarse Mansa Musa I y produjo una islamización del imperio (Niane, D. 1985, p. 135-187). Con la expansión de esta religión; grupos étnicos como los Soninkes, Malinkes; conocidos en el Nuevo Mundo como Mandingas, al igual que los Jolofofos, Balantes, Berbesí, Fulas y algunos de la cultura Akan, tenían una arraigada fe en el islamismo. De estos se asegura que “los mandingas

eran los más grandes seguidores del Islam, no sólo practicaban esta religión sino que habían ayudado a expandirla gracias al comercio de mercaderías que llevaban a distintas regiones” (Navarrete, M. 1995, p. 31). Entre dichas regiones se encontraba el norte de Costa de Oro, en la actual Republica de Ghana, por lo cual es muy probable que etnias de la cultura Akán, como Fantis y Ashantis; conocidos en el Nuevo Mundo como Minas, desde el siglo XIII se hubieran convertido al Islam. En virtud de ello, y quizás debido al temperamento de los minas, su introducción al Nuevo Mundo Hispánico fue suspendida en 1702, afirmándose que “el único motivo de la prohibición había sido la experiencia que semejantes negros de Minas y Cabo Verde son sumamente bárbaros y con dificultad entran en nuestra sagrada religión además de introducir a otros a caer en errores y a que busquen la libertad haciendo fuga, de que se seguiría que juntándose en número en los pueblos poco defendidos y en los despoblados ocasionaban notables daños...” (Palacios, J. 1973, p. 23). Los grupos étnicos mahometanos no eran fácilmente esclavizables e igualmente era muy difícil evangelizarlos para lograr su conversión al cristianismo por ser prosélitos del Islam; como el Padre Sandoval lo reconocía especialmente en los Fulas.

La realidad religiosa de los prisioneros africanos llegados al Nuevo Mundo, especialmente a Cartagena de Indias, además de ser compleja era muy difusa con respecto a si venían bautizados o no. Esta duda asaltaba al Padre Alonso de Sandoval y a otros miembros de su Compañía, por eso; constituía el centro de sus preocupaciones y ataques afirmando que:

los bautismos de los negros de Guinea, y los bautismos de los demás negros, que en sus tierras, puertos y otras partes han sido, son y fueron bautizados, con la forma y modo referido en el capítulo pasado, son regularmente nulos, e inválidos y evidentemente dudosos. Esta verdad me la persuaden muchas razones y conjeturas sacadas de las certificaciones dichas

y fundadas en la doctrina de los Teólogos, (De Sandoval, A. 1987, p. 392).

La forma y modo en que fueron bautizados aquellos prisioneros le generaba dudas al Padre Sandoval, y ante ese dilema esos bautismos debían declararse nulos, sin ninguna validez, y para despejar toda incertidumbre. Sandoval, apoyado en la doctrina cristiana, consideraba que el principal requisito para la validez del bautismo en las personas adultas era el consentimiento, la aceptación del neófito de querer pertenecer a dicha religión; así lo expresaba: “para que el bautismo sea válido es necesario el tal consentimiento y voluntad, pues esta no la hay en los negros de que tratamos, cuando los bautizan de este modo luego sus bautismos son nulos” (De Sandoval, A. 1987, p. 393). Sandoval, en este sentido, no hacía más que apegarse a la doctrina de su Orden religiosa, pues en varias de sus Cartas Annuas se “encontraba que pocos venían bautizados, otros, que eran la mayoría, no entendieron para qué les habían echado agua en la cabeza porque no fueron instruidos previamente en el cristianismo. Tampoco les habían pedido consentimiento para hacerlos cristianos y ello quitaba validez al bautismo” (Navarrete citado en Chávez. 2009, p. 38). Los africanos no eran niños, tampoco dementes o personas sin conocimientos; en su gran mayoría eran personas adultas que habían sido bautizadas sin su consentimiento, sin saber de qué se trataba aquel rito en una lengua extraña que no conocían; eso hacía más inválido el bautismo.

De otro lado, las condiciones psicológicas previas a la partida de los prisioneros con destino al Nuevo Mundo hacían imposible un buen bautismo y conocimiento de lo que en esos momentos se estaba haciendo con ellos, de ahí que el Padre Sandoval lo cuestionaba en los siguientes términos: “cuantos estarían divertidos, melancólicos y tristes pensando en su cautiverio, gravedad de prisiones, forté inculpables, camino que hacían, ausencia de sus tierras, cosas que en ella dejaban, padre, madre, mujer, hijos, amigos

que les tirasen todo el corazón? ...Pues como concederemos, y nos persuadiremos, de que tantos juntos, y en tan breve tiempo, y turbados con tanto temor y aherrojados con tan crueles prisiones, y entre los que tienen por capitales enemigos; y lo que más es, con ánimo y determinación de volverse a su tierra, como sucede muy de ordinario, cuando se levantan con el navío, que todos se vuelven a ellas; ¿comprenderán lo necesario para quedar bautizados? (De Sandoval, A. 1987, p. 407). Era imposible que bajo esas condiciones de desesperanza, angustia, nerviosismo y terror se pudiera realizar un bautismo que no suscitara duda e incertidumbre. Además, realizados por aquellos cristianos a quienes los prisioneros africanos percibían como sus enemigos. Sandoval también en esto, se inspiraba en las “Cartas annuas de la primera mitad del siglo XVII [para las cuales] la gente traída especialmente de Guinea y en ocasiones también de Angola, que venía en las cargazones de esclavos, se encontraba en extremo necesitada de asistencia religiosa. En su tierra eran bautizados a la ribera del mar, trescientos o cuatrocientos juntos, después de hacerles una plática que no comprendían. Con este bautismo se los embarcaba aherrojados, en carabelas debajo de cubierta” (Navarrete citado en Chávez. 2009, p. 38). Antes de partir no habían tenido ninguna asistencia religiosa real. Al llegar a Cartagena era necesario que los sobrevivientes recibieran aquel auxilio; porque bajo las condiciones dichas, ni siquiera podían retener el nuevo nombre que se les había impuesto y mucho menos los rudimentos del rito bautismal y de cristianismo que les hicieron y dijeron.

El padre Alonso de Sandoval, apoyándose en todas las evidencias que recopiló, en todo lo observado, practicado y experimentado; pero especialmente en los máximos pensadores y doctores de la iglesia, cuya tradición filosófica y pensamiento es medieval como su mismo Orden, dice que “de donde evidentemente colijo a verse de repetir todos estos bautismos, pues vemos tan claramente cuan poca certidumbre allá, de a

ver sido verdaderamente bautismos los de estos negros” (De Sandoval, A. 1987, p. 407).³Despejada la incertidumbre su labor, y la de los jesuitas en Cartagena de Indias, es brindarle asistencia de salud a los prisioneros que llegan con “alma en boca y huesos en costal” para que no mueran sin haber recibido el sacramento del bautismo. Al mismo tiempo que se ocupan de bautizar a todos aquellos africanos, en lo cual lo secunda su alumno más aventajado: Pedro Claver (1580 – 1654) (Picon, M y Valtierra, A. 1969, p. 434).

Para bautizar a aquellos africanos el padre Sandoval le advierte a los que se encargaran de esta labor que deben utilizar un lenguaje sencillo que se acomode a la capacidad de entendimiento de la lengua, para no confundirlos, para que ellos puedan saber de qué se les está hablando, y así les sea más fácil entender la doctrina católica. Una vez “persuadido ya el Padre a que están bastante dispuestos, se les pone a todos diez un nombre de los más comunes que puedan pronunciar, haciéndoselo repetir, para que no se olviden del, y los unos lo puedan acordar a los otros, si por caso alguno se olvidare: diciéndoles, que con aquel nombre se han de llamar, y conocer de allí adelante por Cristianos, e hijos de Dios, dejando, y olvidando, el con que de antes se nombraban de su tierra, porque era nombre de Moro, de Gentil y de hijo del demonio” (Navarrete, M. 2009, p. 61-66). El rito del bautismo no solo implica la conversión al cristianismo sino que este debe entenderse dentro de un marco cultural más amplio. El nuevo nombre que a través del bautismo les es impuesto a los africanos, representa una nueva identidad dentro de la cultura católica / castellano – aragonesa; porque los nombres no solo identifican sino que significan. Para los africanos esos nuevos nombres, si bien los identificaban, no le significaban nada dentro del marco de las culturas africanas. Esos nombres fáciles, que ellos pudieran recordar y recordárselos a los demás, eran escogidos del

santoral católico; entonces, como hijos de Dios, empezaron a llamarse Pedro, José, Pablo, Antonio, Francisco, Santiago, Mariano, entre otros nombres cristianos y/o castellanos; porque a través de estos era necesario aculturar para dominar, para homogenizar, para controlar. La imposición de un nombre era una forma de ejercer control sobre los imaginarios religiosos de los africanos, porque sus nombres debían ser borrados para que olvidaran la cultura religiosa donde estos tenían una significación.

Los afanes de los jesuitas, y del Padre Alonso de Sandoval, por el bautismo, y cristianización de los africanos no se puede entender si dejamos de lado el marco social que ellos están viviendo en ese momento. Además del desinterés de otras Órdenes religiosas por los africanos, ellos están siendo testigos del arribo masivo de estos prisioneros a Cartagena de Indias con destino al interior de la Nueva Granada y otras partes del Nuevo Mundo, sus cartas, como ya lo hemos visto, hablan de más de tres mil al año. Esta gente trae consigo todo su acervo religioso y cultural que empieza a ser percibido como una amenaza para los dos poderes: el poder de la iglesia y el poder del Estado. Por ende hubo que evitar la propagación de las religiones africanas porque estas son utilizadas como armas políticas para desestabilizar el régimen. En estas circunstancias, la condición de negro, esclavizado y africano era sospechosa de intentar alterar el orden; bien por medios físicos o psicológicos, por eso; caían en el ámbito de la brujería ya que eran capaces de hacer daño sin tocar a sus enemigos, quienes por razones reales o potenciales; eran las personas esclavizadoras, blancas y cristianas. Además, se trataba del enfrentamiento de dos sistemas de creencias, de religiones, donde los esclavizados encontraron elementos del cristianismo que sirvieron para hacer más fuerte sus propias creencias. Prueba del temor y persecución, fue la instalación del Tribunal del Santo Oficio de

3 “Alma en boca y huesos en costal”: expresión para referirse a los prisioneros que llegaban en mal estado de salud, cuya muerte era previsible, casi agónicos. Por tal motivo el alma ya estaba próxima a salirse del cuerpo y este cabía en un costal, traía los huesos afuera, visibles”

la Inquisición en Cartagena de Indias, mediante Real Cédula del 25 de febrero de 1610; donde las acusaciones y juicios contra los africanos, son por herejes y no por infieles; acusación dirigida a las personas indígenas. El siglo XVII es, en Cartagena de Indias, “el siglo de las brujas”; por los procesos que le siguen a muchos africanos y africanas. Particularmente se destacaron el proceso contra Mateo Arará, llevado a cabo por el Tribunal de la Inquisición en 1652 (Navarrete, M. 2009, p. 98-122), el de Leonor Zape, Guiomar Bran, Polonia Bran, María Mandinga, Cosme Biáfara (Ceballos, D. 1994, p 125-202) y Paula de Eguiluz. Lo cual muestra una población blanca atemorizada por los saberes africanos; porque estos los hacían sentir inseguros, les daban miedo debido al peligro que representaban para sus vidas; razón suficiente para intentar controlarlos (Navarrete citado en Chávez. 2009, p. 423).

La gente blanca se sentía amenazada por los saberes y prácticas religiosas de los africanos, debido a ello la cristianización “no se reducía a los recién llegados, había que preservar la fe de quienes ya la poseían. Por ello, los jesuitas establecieron otras estrategias para la evangelización continuada. En la iglesia mayor de Cartagena, todos los domingos por la mañana, antes del amanecer, acudía uno de los miembros de la Compañía a predicar a más de dos mil o tres mil mujeres y hombres negros que se reunían en la misa. La mayoría era gente del servicio de los vecinos de la ciudad” (Navarrete citado en Chávez. 2009, p. 423). El proceso de cristianización masiva de los africanos y sus descendientes, que prácticamente comienza en el siglo XVII, sería continuo en el tiempo y extensivo a toda aquella población, pues no bastaba solo con reducirse a los recién llegados y ya bautizados sino asegurarse que el control y dominio católico fuera permanente. En consecuencia, los amos en sus casas, minas, haciendas y plantaciones, estarían vigilantes de los comportamientos de los esclavizados para preservar la fe católica. Inclusive en estas tres últimas estaban obligados a construir capillas para los curas doctrineros.

Sobre las iglesias y capillas debemos resaltar que estas fueron el espacio por excelencia donde se llevaría a cabo la inculcación y adoctrinamiento de los esclavizados, pues en los lugares donde las había los amos estaban en la obligación de llevar a sus esclavizados a la misa del domingo, día de precepto que debían guardar; suspendiendo los trabajos. En las iglesias y capillas se reproducía la segregación étnica, puesto que regularmente la misa para los esclavizados se oficiaba en las horas de la madrugada. En otras ocasiones dicho oficio religioso se llevaba a cabo en forma conjunta, pero los esclavizados debían ubicarse en la parte posterior. Esta celebración era el momento para reforzar la dominación de los esclavizados; en una de estas ocasiones, en la hacienda “Cañasgordas” en el Valle del Cauca, en el siglo XVIII, cuando en medio de la misa el padre Fray José Joaquín Escobar “explicó el evangelio del día con la mayor claridad, acomodando su lenguaje a la limitada inteligencia de los esclavos; y terminó encargando a éstos la paciencia y la resignación y advirtiendo a los amos que ellos debían ser los padres y no los verdugos de esos infelices a quienes Dios en sus arcanos había colocado en la servidumbre” (Palacios, E. 1985, p. 49). Los sacerdotes no solo aprovechaban la celebración litúrgica para la cristianización de los esclavizados, sino para reforzar el sometimiento de estos al poder de los amos. Tanto el cristianismo como el trabajo esclavista, preparaban a la población esclavizada para aceptar el orden terrenal impuesto como natural y concordante con el orden divino. El cristianismo se mantenía como un mecanismo de disciplinamiento para el trabajo, y el trabajo esclavista sacaba espacios y tiempos reducidos para preparar a los esclavizados en asuntos de los dogmas y la moral cristiana.

Los europeos y cristianos, desde un comienzo fueron desconocedores de las religiones africanas, negaron que estos tuvieran sistemas religiosos, y a sus creencias las llamaron idolatrías, paganismo, brujerías o tratos con el demonio. En África existían diferentes tipos de religiones antes de la llegada del Islam y del Cristianismo que tenían una

base común y se caracterizaban por considerar que la naturaleza era una entidad viva, que todo en ella tenía un espíritu, una energía, un animal, que movilizaba esa fuerza que residía en las plantas, los árboles, los animales, los ríos, los seres humanos, entre otros; la cual se podía desencadenar, poner en movimiento a través de la palabra. Estos tipos de religiones son consideradas como “animistas”. Aquellas religiones tenían un gran espíritu, un Ser Supremo creador de todas las cosas, quien manifestaba su poder a través de los dioses” (Navarrete citado en Chávez. 2009, p. 26). En ellas se encontraba un Dios superior; para los Yoruba era Olorun; en Ghana, entre los Ewe, era Lisa-Mawu y para los bantúes era Zambi-ampungo. Por debajo de ellos quedaba una cantidad de dioses secundarios quienes completaban la creación.

Los africanos retuvieron partes básicas de sus religiones a las cuales incorporaron algunos principios de la nueva religión, la religión de los blancos, para reforzar sus creencias y prácticas religiosas. Particularmente se considera que “los pueblos de lengua bantú (Congos y angolas) aceptaron el cristianismo a través de los portugueses pero preservaron sus religiones nativas de contenido ancestral, cuyo pensamiento y ritual incidieron en la forma de celebración de sus muertos y de organización de la sociedad” (Navarrete, M. 2009, p. 25). Pero quizá lo más frecuente fue que “los africanos esclavizados crearon su propia versión del cristianismo a la luz de los aportes de sus creencias pre-existentes y la comprensión particular que efectuaban de los principios del cristianismo, en medio de las condiciones específicas del esclavismo” (Navarrete citado en Chávez. 2009, p. 37). Debido a ello existió una fuerte tensión en donde la religión, como lo hemos señalado, constituyó el más grande espacio de confrontación entre los europeos y los africanos e indígenas, quienes se negaban a renunciar a sus prácticas sagradas. Esto se puede apreciar “en los centros mineros del Nordeste de Antioquia,

[donde a la religión católica] se les mezcló el África con todos los caracteres de su barbarie. Es fama que en Zaragoza y en Remedios, por la fuerza y mayoría del número, eran esas ceremonias seudoreligiosas otras tantas meriendas de negros: unos carnavales más del Congo y de Angola que del lugarón más atrasado de la madre patria. Esta influencia africana, como se sabe y se desprende de estos cornicones ordinarios, desfiguró un poco el escaso sentido teológico que por estos rincones tuvieron unos cuantos” (Carrasquilla, T. 2000, p. 153). Ello quizá se logró porque en aquellos lugares los pueblos de origen Bantú (Congo y Angola), por ser mayoría; pudieron retener principios de su religión a la cual le incorporaron aspectos del catolicismo; lo cual no era observable ni en los lugares más atrasados de España. Por eso se resalta la apropiación, reelaboración y transformación que los africanos y sus descendientes, habían hecho en ciertas fiestas católicas, las cuales tenían más de africanismo que de catolicismo español. Ese proceso también había sido utilizado por los esclavizados para introducir ciertos elementos de la Iglesia Católica en sus creencias religiosas.

En aquella época un habitante cristiano de Yolombó, al ver ese particular comportamiento religioso se lamentaba diciendo: “¡Peregrina religión la de esta tierra! El alma yolombolera, a este respecto, era un revoltijo, si muy raro y estrafalario, muy explicable por cierto. Media población era africana, y por más que fuese bautizada y metida en catolicismo, cada negro conservaba, por dentro y hasta por fuera, por transmisión o ancestralismo en creencias, muchas partes de las salvajes de sus mayores. Esta negrería entreverada con esos españoles de entonces, más supersticiosos y fanáticos que cristianos genuinos, más de milagros que de ética, coincidía y empataba con africanos y aborígenes en el dogma común del diablo y sus legiones de espíritus medrosos. De este empate vino una mezcolanza y un matalotaje, que nadie sabía qué era lo católico y romano ni qué lo

4 Tienen una base común que todo en la naturaleza tiene un espíritu, una energía, que las animas, les da vida, desencadenan el movimiento y permite la direccionar su fuerza hacia el fin deseado

bárbaro y hotentote, ni qué lo raizal” (Carrasquilla, T. 2000, p. 66). A pesar de la fuerte arremetida del cristianismo por borrar las religiosidades africanas; bautizando, catequizando y evangelizando a los esclavizados, no había logrado dicho objetivo; ellos desde sus propias visiones se resistían a la imposición de los dogmas cristianos.

Este caso puede constituir una muestra de que los esfuerzos del cristianismo durante los siglos XVI y XVII, e inclusive el XVIII, por lograr la imposición del catolicismo, pudieron ser muy superficiales y centrados en una forma externa, sin que la doctrina permeara y produjera cambios profundos en la conciencia religiosa de los africanos y sus descendientes, sobre la cual se habían superpuesto unos rudimentarios conocimientos del cristianismo que ellos debieron aprovechar para reforzar sus creencias. Decimos rudimentarios, por la forma ligera e infrecuente como se realizaba la catequización y evangelización; así mismo por la escasa formación que muchos sacerdotes podían tener. Esto pudo contribuir al surgimiento de nuevas formas religiosas en la Nueva Granada y en el Nuevo Mundo, que tenían como base el pensamiento religioso africano. La ausencia de un clero regular y permanente en las minas, haciendas y plantaciones, debido a su reducido número, más las visitas infrecuentes y el poco interés de algunos amos en la cristianización; sumado al desconocimiento que ellos mismos tenían sobre la doctrina, al igual que de las lenguas africanas para imponer con efectividad el catolicismo, dejaron un amplio margen para que durante estos siglos no se lograra una imposición y fuerte fijación de la doctrina cristiana entre la población africana.

La Corona española fue consciente de los tropiezos y lentitud con respecto al avance de la cristianización de los esclavizados y por eso tomó cartas en el asunto cuando en 1789, en el proceso de modernización que adelantaba el imperio, se propuso introducir reformas en algunos aspectos que habían permanecido descuidados, y que a la luz de los

conocimientos de los nuevos ilustrados que habían llegado al trono; eran causa sino del atraso español con respecto a Inglaterra y Francia, por lo menos atentaban contra la buena productividad colonial. Uno de los sectores que se intentó modernizar fue el esclavista a través de la Real Cedula sobre Educación, Trato y ocupaciones de los Esclavos. El asunto de la imposición del catolicismo a los esclavizados fue una de las preocupaciones del Rey de España, toda vez que en ese Estatuto ordenaba en el capítulo primero que:⁵“Todo poseedor de esclavos, de cualquier clase y condición que sea, deberá instruirlos en los principios de la Religión Católica y en las verdades necesarias para que puedan ser bautizados dentro del año de su residencia en mis dominios, cuidando que se le explique la doctrina cristiana todos los días de fiesta de precepto” Esto demuestra la despreocupación existente por parte de clérigos, amos, y mayordomos por la instrucción católica de los esclavizados. Pero dejaba a los amos la responsabilidad de la cristianización de los esclavizados, lo cual convertía dicho mandato en letra muerta, porque las relaciones entre esclavizados y esclavizadores, se regulaban por el derecho privado que en ocasiones no coincidían con el derecho público; es decir, con el mandato de los reyes o del Papa. Por ejemplo, los esclavizadores no todo el tiempo se mostraban dispuestos a que dichas autoridades intervinieran en el trato a sus esclavizados, y siempre que estas interfirieran o fueran en contra sus intereses, no las cumplían; “se obedece, pero no cumple”.

La iglesia y el Estado español, a pesar de todas las dificultades, no cesaban en la empresa de cristianización. Los sacerdotes, sin duda alguna, cosechaban riquezas espirituales, especialmente con las personas negras; quienes con el transcurrir de los siglos habían nacido en América, y por tanto eran cada vez más numerosas y ubicadas en sitios dispersos. Razón por la cual quienes lograban ser cristianizados, aun con mucha superficialidad, se encargaban de transmitir a los suyos lo que habían aprendido. En aquella sociedad, donde se comía

5 Real Cédula de su majestad sobre la educación, trato y ocupaciones de los esclavos en todos sus dominios de Indias e Islas de Filipinas, bajo las reglas que se expresan. Expedida en 1789. Capitulo I

y se rezaba mucho, ellos a veces debían dirigir las plegarias, como cuando Jorge Isaacs Ferrer contó que en una ocasión, en su casa ubicada en una de las haciendas que su padre tenía en el Valle del Cauca, una vez “concluida la cena, los esclavos levantaron los manteles; uno de ellos rezó el Padrenuestro, y sus amos completamos la oración” (Isaac, J. 2001, p. 10). Era un gran éxito para la Iglesia Católica que en las minas y haciendas del Nuevo Reino de Granada (Colombia), existieran personas negras cristianizadas.

La religión católica fue una de las estructuras de dominación movilizadas por el poder colonial del imperio, cuyo fin era hacer unos esclavizados obedientes, dóciles. Parte de ello se reflejaba en la enseñanza de cómo estos debían saludar a los sacerdotes y las personas blancas cuando se encontrarán con ellos. La fórmula consistía en saludarlos con la cabeza agachada diciendo la frase: “Alabado sea el nombre de Dios” y el saludado respondía: “Alabado sea para siempre”. A veces la recortaban diciendo: “Alabado sea Dios” (Palacios, E. 1985, p. 130). Desgraciado el esclavizado que no repitiera el ritual, los castigos lo esperaban para recordarle la sumisión y el respeto hacia Dios y el hombre blanco, a quienes había que elogiarlos para siempre. Finalmente, la supremacía del patrón de dominación del sistema mundo moderno / europeo / blanco / colonial / cristiano, con el catolicismo como religión oficial del imperio, vino a estar al servicio del régimen esclavizador teniendo como disfraz la salvación de las almas, pero en el fondo su función fue preparar al esclavizado para aceptar su condición. Sin la presencia del catolicismo la colonización y dominación no hubiera tenido el éxito que alcanzó.

REFERENCIAS

Carrasquilla, T. (2000). *La marquesa de Yolombó*. Bogotá.: El Áncora Editores.

Ceballos, D. (1994). *Hechicería, brujería e inquisición en el Nuevo Reino de Granada. Un duelo de imaginarios*. Bogotá: Editorial Universidad Nacional.

Chávez, M (2009). *Genealogías de la diferencia. Tecnologías de la salvación y representación de los africanos esclavizados en Iberoamérica colonial*. Santafé de Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana.

Isaac, J. (2001). *María. Clásicos de la literatura universal*. Bogotá: Editorial Sol 90,

Maya, L. (2005). *Brujería y reconstrucción de identidades entre los africanos y sus descendientes en la Nueva Granada. Siglo XVII*. Bogotá: Ministerio de Cultura.

Navarrete, M. (1995). *Prácticas religiosas de los negros en la colonia. Cartagena siglo XVII*. Cali: Editorial Facultad de Humanidades.

Niane, D. (1985). *Historia general de África. África entre los siglos XII y XVI*. Madrid: Editorial Tecnos.

Palacios, J. (1973). *La trata de negros por Cartagena de Indias*. Tunja: Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia.

De Sandoval, A. (1987). *De Instauranda Aethiopem Salute (Un tratado sobre la esclavitud)*. Transcripción y publicación de Enriqueta Vilá Vilar. Madrid: Alianza Editorial.

Todorov, T. (2003). *La conquista de América. El problema del otro*. Buenos Aires (Argentina): Siglo XXI Editores.



TALENTO CENTRO CULTURAL MAMA Ú

